

El Periodismo, la Crítica y el Arte

por Sebastián Salazar Bondy

Durante una breve temporada ha permanecido en Lima el crítico brasileño de arte Marc Bercowitz. Antes de partir hizo entrega a un diario local de un artículo, publicado el último domingo, en el cual alude a la situación de privilegio en que se halla nuestra patria "porque existe en este momento en el Perú —son sus palabras— un grupo de artistas plásticos del que cualquier país del mundo podría enorgullecerse". En esa nota el autor también hace referencia al "clima de descontento de los artistas, causado no tanto por las dificultades materiales cuanto por falta de interés del gran público por su trabajo, por una atmósfera poco propicia a un mayor desenvolvimiento de las artes, por la frecuente indiferencia precisamente de aquellos que deberían participar activamente en la creación y mantenimiento de algo muy importante para toda la vida cultural del país". A su juicio, la posición de la prensa en general y la crítica en particular conspira aquí contra el desarrollo del arte y la cultura. Sin duda alguna, despropósito semejante se inspira en informes caprichosos y no muy bien intencionados, provenientes de quienes, por diversas razones, no conocen o no reconocen la labor del periodismo local en pro del desenvolvimiento cultural del Perú, especialmente en lo que respecta a las artes plásticas. Si éstas han experimentado últimamente entre nosotros un singular auge, ello se debe, en buena parte, a que los diarios y las revistas han puesto sus páginas al servicio de la divulgación de los valores artísticos nacionales y extranjeros que en nuestra capital han expuesto públicamente, han obtenido una distinción o han realizado alguna tarea digna de ser conocida por todos. La literatura, el teatro, la música, la danza e inclusive la artesanía han merecido igual o parecido estímulo.

Vayamos por partes. Con respecto a la actitud de la prensa, hay que distinguir lo que atañe a la información y lo que concierne a la opinión, a la crítica, ramas del periodismo que tienen diferente función y, por ende, se distinguen en la manera de encarar el tema que tratan.

El Arte en Primera Plana

Desde que el periodismo limeño, hace apenas unos años, recibió el primer aire renovador, del que hoy goza con bastante plenitud, la primicia ocupó en las páginas del diario un lugar en proporción con el interés que despertaba en los lectores. Dejaron de prevalecer en la medida en que esto era posible, los favoritismos, las simpatías o los intereses particulares. LA PRENSA, iniciadora de esta clase moderna de información, se organizó en el sentido de que la dimensión y la localización de un artículo debía responder fundamentalmente a dos criterios: el atractivo de su tema para el lector, su vida y sus preocupaciones, y la importancia de su contenido en sí, como factor gravitante en la existencia y la cultura del país y de la humanidad. Muchas noticias relativas al arte subieron así al lugar de primera plana que antes estaba destinado exclusivamente a la política, la crónica policial o la publicidad personal de ciertos personajes que poseían o deseaban renombre.

Cuando el señor Bercowitz sostiene que la crítica "tiene que ser informativa" denuncia que ignora las bases del mejor periodismo contemporáneo: el que no confunde la objetividad de la crónica, que da a conocer los hechos generales, sin tomar una posición, con el fin de que el lector se forme una idea propia del suceso, con la subjetividad de la opinión, que orienta el pensamiento de éste. En ello los diarios locales —y, como es obvio, muy particularmente LA PRENSA— han cumplido bastante bien con su misión. Hace apenas un año la presencia sucesiva en Lima de Matta, Dewasne y una muestra surrealista provocaron tal atención de los periódicos que dudo mucho que en el Brasil o la Argentina se haya dado jamás tanto relieve a un hecho artístico de esa índole. Eso como ejemplo, porque los casos se han repetido innumerables veces, al punto de que muchas noticias de carácter cultural han desplazado a otras antaño reputadas como más urgentes y prácticas. Por supuesto que en países como los nuestros eso es indispensable, pues el diario debe también contribuir a la ilustración del grueso público, aquel que, por defectos de la escuela que no vamos a analizar, no tiene fundamentos para apreciar un cuadro, una escultura o cualquier otra clase de creación estética.

El señor Bercowitz debiera haber verificado los datos que le fueron proporcionados por sus amigos revisando colecciones o ratificándolos en la pala-

bra de alguien imparcial. Hubiera descubierto así que en cada diario de Lima hay un grupo de periodistas dedicados casi exclusivamente —como el que esto escribe— a los temas culturales, cuya labor se lleva a cabo de manera continua y permanente. Si todas las columnas del periódico no están destinadas a tales cuestiones es sencillamente porque eso es imposible.

El Crítico y Su Misión

La crítica es la que ha recibido peor tratamiento de parte del señor Bercowitz. El le ha exigido indirectamente, como si no los tuviera en absoluto, responsabilidad profesional, independencia con respecto a las influencias y las corrientes, contacto directo con las obras de arte y conciencia de que se obra para el futuro.

En el Perú no hay críticos de oficio, es decir, cuya única y principal tarea sea la de juzgar las obras de arte. Desempeñan este papel los escritores, los propios pintores o los aficionados con una preocupación específica en los problemas estéticos. Ninguno de los que firman las secciones de comentario artístico, entonces, es un individuo que carezca de compromiso intelectual para con ciertas ideas sobre la cultura, y sus orígenes y fines. Y esto no está mal. La más propia manera de comportarse ante las creaciones de arte es poseyendo un punto de vista sobre la función del artista y su actitud ante sí mismo y ante la sociedad. De ahí que, por más que en nuestro medio sea ineludible en ese quehacer un margen de indulgencia, el juicio de la crítica esté condicionado a las doctrinas que el columnista alienta en relación con su propia actividad. Si es literato y practica el realismo, o si es pintor y pertenece ideológicamente al surrealismo, pongo por caso, no puede, sino a despecho de entrar en conflicto consigo mismo, hacer el elogio de la tendencia llamada abstracta. Fatalmente, si es íntegro, tendrá que inclinarse —con razón o sin ella— hacia la pintura que es afín a su pensamiento. Otra cosa significaría traición o, en el menos grave de los casos, cobarde inconsecuencia.

La responsabilidad profesional está en el crítico peruano —improvisado, es cierto, pero no por ello deshonesto— condicionada por el mero hecho de asumir la penosa pero irrenunciable tarea de señalar lo que cree erróneo, falso o defectuoso, y aplaudir lo que se le impone verdadero, auténtico y acertado. De otra parte, negar que el periodista especializado está aquí en contacto directo con el artista es desconocer nuestra realidad. Personalmente, creo que no hay un solo pintor del cual yo no tenga un conocimiento inmediato y hasta un cuadro en mi poder. Lo mismo puedo repetir de mis colegas en esta labor. Bercowitz, a la manera de esos cronistas yanquis que llegan a Lima, se hospedan en un gran hotel y se despiden a los pocos días con el borrador de un libro sobre el país. No ha penetrado en nuestra situación social y artística. Todos, además, intelectuales de cualquier rama, si somos conscientes y creemos en el porvenir, sabemos que no trabajamos sólo para hoy. En este sentido, los que hemos adoptado una posición contraria a la escuela abstracta pensamos que el futuro depende de la manera cómo estamos comenzando a crear, y consideramos que esa corriente representa la decadencia del arte pictórico. Ninguna decadencia, por más grande que fuera el entusiasmo que entre las gentes a su turno despertó, ha engendrado nunca una edad de oro. Sabemos que tenemos que expresar, ahora, nuestra vida y nuestro espíritu, con claridad, sencillez y profundidad, y que la realidad nos exige decir la verdad aunque la verdad resulte cruel y desgarradora. El arte abstracto impide esta fecunda elocuencia.

El señor Bercowitz cita a Herbert Read. Para este notable poeta y crítico inglés las condiciones del hombre que comenta y opina sobre arte, deben ser cuatro: a) una facultad innata, que no es posible adquirir; b) saber escribir; c) tener contacto constante y directo con las obras de arte, y d) poseer conciencia de las obligaciones profesionales. No puedo hablar sino por mí. Creo que he tratado de cumplir esos cuatro obvios requisitos. Ni Herbert Read ni Mar Bercowitz, a los cuales estimo, me podrán obligar, en cambio, a que elogio lo que me parece malo. Ni en aras de la amistad hago ese sacrificio. No lo hacen tampoco los demás, pintores o críticos, aficionados o simples hombres comunes. La llamada crítica constructiva no es otra cosa que la debilidad, la defección y el temor a la represalia. Créo, pues, que es posible levantar algo firme y duradero expresando con las palabras lo que emana limpiamente del corazón o la mente, como sentimiento o como razón.